

EL HUMANISMO CIENTIFICO DE GREGORIO MARAÑÓN (1887-1960): UNA POETICA DEL CASTELLANO CIENTIFICO

Luz María Arrigoni de Allomand

1. *El humanista*¹

Era Gregorio Marañón un hombre suave, afable, amable. que intencionalmente. con una intencionalidad ética, se condujo con humildad. Escritor infatigable, hizo del ensayo el género adecuado a sus propósitos de difusión científica y de reflexión personalizada sobre temas que preocupaban al hombre de su tiempo, dándoles una resonancia y validez universales.

Reconocía la sustancial dosis de autorreferencialidad

¹ Excepto en el caso del artículo de Marañón "La literatura científica de los siglos XVI y XVII" (1953) que aparece en la Historia General de las Literaturas Hispánicas, t. III. Barcelona, Berna, 1953, p. 933-968. el resto de los textos que se manejan en este trabajo se citarán por sus Obras Completas, VII tomos. Introducción de Pedro Laín Entralgo, recopilación de Alfredo Joderías, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, y se remitirán a su distribución: t. I. Prólogos; t. II. Discursos; t. III. Conferencias; t. IV. Artículos; t. V., VI y VII. Biografías. Se citará D.C., t., p.

del género, afirmada en aseveraciones generalizadoras que tienen cierto aliento unamuniano: "Nada de lo que dicen o escriben los hombres interesa permanentemente si no es un eco de la biografía del autor"². Pero fiel a su temperamento y a su conducta, inmediatamente añade: "este componente biográfico (...) es tanto mayor cuanto menos lo advierte y se lo propone el autor"³. Así aparece su propia biografía en su creación: como un "eco" de las vidas de los hombres que fueron objeto de su estudio, crítica y dedicación. A través de otros, se expuso a sí mismo, configurando una original modalidad que podemos bautizar de "alterobiografía".

Gregorio Marañón ha practicado en buena parte de sus ensayos esta forma singular de la autobiografía. Ha seleccionado aquellos espíritus afines al suyo por la conjunción de tres aspectos, el valor humano, el científico y el artístico -por ejemplo, Luis Vives, Feijoo, Jovellanos, Gaspar Casal, Menéndez Pelayo, Cajal, hasta arribar al núcleo de biólogos, médicos e investigadores que conforman su entorno más próximo-. Al trazar sus semblanzas y caracterizar su quehacer, va desenvolviendo Marañón el hilo de su propia existencia, sus afanes, sus dudas, sus ideales, sus convicciones.

Es rasgo distintivo de estos intelectuales que lo abarcan, una inquietud y una actividad que "desborda los cauces del oficio y se derrama por campos ajenos"⁴. En esa integración de calidades, se observa siempre una radical defensa de Marañón de un polifacetismo no diletante, cuya "eficacia para afinar el espíritu no se puede poner en duda"⁵. Eficacia de esta tendencia poligráfica, que alaba a menudo, propia de quien posee ideas generales, sin las cuales "creerá que su obra es el centro del Universo y perderá el contacto generoso con la verdad ajena"⁶. El pensamiento se abrasa

2 y 3. O. C., t. I, p. 301.

4 O. C., t. I.. p. 141.

5 O. C., t. I.. p. 565.

6 O. C., t. I.. p. 225.

a sí mismo sin preocupación universal, sin sentido de lo universal. Del mismo modo que se destruye si se dispersa, prefiriendo la brillantez a la tenacidad, queriendo dar una apariencia de sabiduría a la multitud de datos superficialmente almacenados. Sabiduría vasta, disciplina y rigor, no subterfugio para escabullir el esfuerzo en el frágil y seductor diletantismo cultural. La armonía y equilibrio que rezuman estas concepciones, es fruto de una postura perspectivística tan propia del novecentismo hispánico y tan acorde con la actitud liberal de Marañón.

Esta imbricación de intereses y actividades ejercidos en plenitud por el hombre de talento, halla su justificación en el ansia de inmortalidad, "la aspiración subconsciente de que la obra trabajada por nuestra mano perdure unida a nuestro nombre, que así sucede a la creación literaria, al cuadro, al monumento o a la sonata, pero no al libro de ciencia"⁷, y que se fundamenta en la superación de las limitaciones que trae aparejado el cultivo de una actividad única -hoy reforzada por una visión deformada de la especialización como restricción, y no como concentración de un saber vasto y profundo⁸-.

En esta salvación de lo humano por la cultura, está la raíz del humanismo de Marañón. Un afán intenso y renovado por romper el cerco en que a menudo nos confinan las modalidades modernas de la investigación, ahogando la curiosidad, única virtud eficaz "para saciar la avidez por conocer y comprender, que condensa Marañón en metáfora precisa: "La flor de la cultura es la curiosidad"⁹. Un apetito de saber distante de los vicios del enciclopedismo¹⁰;

7 O.C., t. II., pp. 186-187.

8 Parafraseamos aquí la lúcida exposición de Pedro SALINAS acerca de la sustancia de la especialización, cuya tesis tanto coincide con el pensamiento de Marañón: Véase "Defensa, implícita, de los viejos analfabetos", en El Defensor, 1º ed. 1948, Madrid, Alianza, 1967, p. 281-279.

9 O. C., t. II., p. 176.

10 Su dictamen es concluyente: "Enterarse: y por lo tanto, investigar toda la literatura creada en torno del tema. Nada puede

sabiduría de ideas hechas savia personal, síntesis de conceptos adquiridos a lo largo de experiencias de vida y de lectura que se han fundido en la propia inteligencia, que destaca Marañón en certero aforismo: "la erudición digerida"¹¹.

Las tendencias generalizantes y teorizantes del humanismo renacentista resurgieron con nuevo brío en el genio creador y prolijo de la ilustración dieciochesca, tan preocupada del desarrollo científico como de no desbaratar el árbol de la ciencia -destruyendo con la subdivisión el enlace e íntima unión que tienen entre sí todos los conocimientos humanos-. Con esa corriente, a veces soterrada, del espíritu hispánico, se liga la intención vital de Marañón, tan infatigable propulsor del progreso científico rigurosamente encarado como detractor del científicismo, vicio por degeneración de una virtud, al caer en la valoración excesiva y excluyente de una forma del conocimiento humano frente al resto de las actividades del espíritu.

La reacción ante esta invasión antihumana es el humanismo científico de Gregorio Marañón, quien, como sus predecesores, se enfrentó con el problema de la forma adecuada a la expresión teórica y a la exposición de ideas. Lengua, estilo y molde genérico están no sólo realizados en su obra, sino que son motivo de reflexiones y críticas sustanciosas, que dan pie para destacar algunas notas de una poética del castellano científico.

2. El castellano científico

Procuramos, pues, abarcar un objeto preciso: la lengua de la cultura científica; y no nos hemos propuesto,

escapársele al autor, para crear su concepto propio y para no defraudar a sus lectores. Pero, a la vez, ha de poseer el sentido crítico que lleva aparejada la gran erudición cuando es erudición verdadera y no pasivo depósito de datos. La literatura moderna está llena de esos casos de gentes que leen todo lo legible, pero que no pasan de la condición de depósitos inanimados de literatura" (O.C., t. I. "Un libro magistral". p. 389).

¹¹ O. C., t. I., p. 72.

en esta primera aproximación, corroborar los principios y criterios de Marañón en sus textos en tanto que teoría formalizada, aunque en muchos casos la comprobación se da por añadidura. Sí hemos pretendido testimoniar y confirmar estos supuestos teóricos a lo largo de un período que dé sostén y credibilidad al estudio, recorriendo los ensayos de Marañón de 1928 a 1957¹². Con excepción de algunas publicaciones estrictamente científicas en la primera década del siglo, es precisamente en los años 20 cuando se inicia y consolida su ingente tarea de escritor.

Se refiere Marañón a menudo, en su tratamiento del "lenguaje científico"¹³, al "español científico moderno"¹⁴ o "castellano científico"¹⁵, cuya finalidad es transmitir la verdad, "servir a la Verdad"¹⁶.

Jovellanos, personalidad señera en estos propósitos, a la que Marañón alaba reiteradamente como uno de los creadores del "lenguaje científico moderno-moderno hasta

12 Remitimos a los ensayos más trabajados en el presente estudio para los temas del humanismo y del castellano científico: I. "Cuándo debe escribirse un libro nuevo" p. 70-74 [1928]; I. "Una carta sobre la novela y el ensayo", p. 517-521 [1931]; II. "Sobre las Academias", p. 279-290 [1932]; I. "Roberto Nívola Santos", p. 141-149 [1934]; II. "Vocación, preparación y ambiente biológico y médico del Padre Feijoo", p. 91-135 [1934]; I. "Médicos escritores" p. 565-567 [1935]; III. "Más sobre el humanismo", p. 443-444 [1937]; II. "En la Academia Peruana de la Lengua"; p. 372-380 [1939]; I. "Enciclopedismo y humanismo", p. 223-227 [1944]; II. "Cajal", p. 185-208 [1947]; III. "Sobre Azorín", p. 655-657 [1947]; I. "El libro de un maestro", p. 275-277 [1948]; I. "Un hombre de ciencia", p. 311-314 [1948]; I. "Libros sintéticos", p. 315-318 [1948]; I. "Comentarios a la sobriedad", p. 345-347 [1951]; I. "La importancia de la preocupación lingüística", p. 899-905 [1953]; II. "Novo, literato y académico", p. 498-505 [1953]; I. "Notas a una monografía", p. 381-384 [1956]; II. "Segundo Congreso de Academias de la Lengua", p. 543-549 [1956]; I. "Un libro magistral", p. 389-390 [1957]; I. "La sencillez del estilo", p. 987-993 [1957]. También hemos consultado su ensayo "La literatura científica de los siglos XVI y XVII" (1953) en H.G.L.H. t. III. op. cit.

13 O.C. t. I., p. 904.

14 O.C. t. I., pp. 276-277.

15 O.C. t. II., p. 378.

16 O.C. t. I., p. 900.

para nosotros"¹⁷-, subraya, acuñó en fórmula precisa el encadenamiento de virtudes que conducen a la expresión de la Verdad, de un modo comparable a la concepción de Marañón:

Argumenta Jovellanos, en su sugerente "Oración sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias", pronunciada en 1797 ¹⁸:

"¿Y de qué servirá que atesoréis muchas verdades si no las sabéis comunicar? Ahora bien: para comunicar la verdad es menester despojarla del oscuro científico aparato, tomar sus más puros y claros resultados, simplificarla, acomodarla a la comprensión general e inspirarle aquella fuerza, aquella gracia, que fijando la imaginación, cautiva victoriosamente la atención de cuantos la oyen".

Por su parte, Marañón manifiesta su valoración de un libro escrito por investigadores, "páginas ágiles y juveniles", que dan la impresión de un "chorro caudaloso"; y afirma: "Este es su principal encanto. Y empleo deliberadamente la palabra -encanto- porque antes de convencer -aunque después convenzan- seducen y arrastran sus capítulos con su ímpetu, con su amenidad, con el constante acierto en la frase, a veces tocada de gracioso deo popular"¹⁹. Y pocos años más tarde, recuerda a Cajal, cuyas "páginas, límpidas de forma y de pensamiento, eran un verdadero deleite"²⁰.

El terreno está perfectamente acotado: se trata de la expresión que, antes que nada, está en función de que se entienda, porque es una comunicación científica.

17 O.C., t. I.. p. 904.

18 JOVELLANOS. Obras Escogidas, t. III. Ed., introd. y notas de A. del Río. Madrid, Espasa-Calpe, 1956. p. 106.

19 O.C., t. I.. p. 223.

20 O.C., t. II.. p. 184.

Para entender, para que la verdad sea transmitida y aprehendida, hay que convencer, y para convencer, hay que seducir, deleitar. Los esfuerzos que se realizan en consecución de este objetivo, configuran el "estilo científico"²¹, al cual va caracterizando Marañón a lo largo de sus meditaciones. Estilo del que se infiere una "retórica científica"²², que se esquematiza en una "preceptiva de la obra científica"²³, cuyo funcionamiento es expuesto a través de "modelos de buen decir científico"²⁴ que selecciona como objeto de su reflexión; modelos de los que ha surgido esta teoría, pero en los que toda esta regulación se halla formalizada en una expresión creativa, individualizadora, vivificada por el sello de lo personal. Hay, pues, en los textos que analizamos, un repertorio de condiciones del lenguaje científico, que es descripto con tanta minucia como las condiciones del escritor científico. Estas condiciones del escritor se asientan en una "formación humanística" en que se conjugan la "lectura copiosa" y el "hábito de la redacción"²⁵, criterios que nos mantienen en el ámbito de esa esencial complementariedad de ciencia y literatura. Marañón no renuncia a esta convicción a lo largo de los años, y su expresión es categórica: "el hábito poético es la mejor preparación, para escribir después cosas de la ciencia. Si los médicos pudiéramos describir nuestras enfermedades, como Virgilio describió la peste de las vacas y de los cerdos, es evidente que nuestra ciencia estaría, en cada caso, la mitad más cerca de todos los entendimientos"²⁶. Este afán de estar al alcance de todos, a su vez, culmina en la afirmación de la validez y necesidad de ciertos moldes genéricos,

21 O.C., t. II.. p. 184.

22 O.C., t. I.. p. 904.

23 O.C., t. I.. p. 70.

24 O.C., t. I.. p. 276.

25 O.C., t. II.. p. 189.

26 O.C., t. II.. p. 131.

como el ensayo y el manual o epítome²⁷.

Nos enfrentamos, pues, con una estética racionalista del lenguaje, que se cimenta en la relación lengua-pensamiento, concepción de Marañón para quien "cuando algo no se entiende casi nunca es defecto del que oye sino del que habla", postura que cierra con la máxima de Alfonso X: "El seso del hombre, por la palabra se conoce"²⁸. En función de una expresión que manifieste el "acuerdo preciso entre el pensamiento y su vestidura"²⁹, ya que "en la ciencia, la forma con que se reviste la verdad, forma parte de la verdad misma"³⁰, surge la poética del castellano científico, "sutil cañamazo en que el pensamiento va, lentamente, bordando sus ideas"³¹. Una poética cuya concreción corre paralela al desarrollo de su tesis acerca de la eficacia del castellano para la expresión científica: "El español, tan sonoro, tan rico en expresiones y en palabras bellas, tan directo, es un idioma insuperable para conversar en él y para hablar con él a las gentes sobre la Verdad"³². En el fondo, lo que rezuman sus juicios es confianza en el lenguaje, fe en la palabra, en la suficiencia del Verbo³³. Marañón recuerda, con términos transidos de emoción, el último discurso de Unamuno en la Universidad de Salamanca, "elogio

27 Para este tema, que no abarcaremos en el presente trabajo, se pueden ver, junto a su ya clásica defensa del valor del ensayo en el "Prólogo" (1940) a su Don Juan, los siguientes textos: O.C., t. I., "Una carta sobre la novela y el ensayo"; "Médicos escritores"; "Libros sintéticos"; "Comentarios a la subriedad"; "Notas a una monografía".

28 O.C., t. I., p. 899 y p. 905.

29 O.C., t. II., p. 378.

30 O.C., t. I., pp. 145-146.

31 O.C., t. II., p. 378.

32 O.C., t. I., p. 276.

33 Esta suficiencia del lenguaje, aun para lo inefable, también ha sido tema de preocupación de los poetas-críticos de la generación del 27: Véase Pedro SALINAS, "Defensa del lenguaje" en El Defensor, op. cit., p. 275-327, y Jorge GUILLEN, Lenguaje y Poesía. Algunos casos españoles, Madrid, Alianza, 1969, 21 p.

memorable de la potencia creadora de la palabra; [que] empezaba con las palabras iniciales del libro de los libros: "En el principio era el Verbo"³⁴. En el tema que nos ocupa, esta suficiencia del lenguaje en la persecución de la verdad se centra en la virtud de la claridad, que es su componente esencial. Para Marañón: "La verdad es, por sí misma, por definición, clara, y el arte de la claridad es, por consiguiente, elemento científico de primera categoría"³⁵.

- Condiciones del lenguaje científico

Esta nitidez apodíctica se realiza en la ciencia por vías contrapuestas que se complementan: sencillez, belleza, virtudes del habla popular, singularidad estilística.

Por una parte, es fruto de la sencillez, "la cualidad que yo más valoro en todo escritor: la sencillez del estilo, que es como la flor de la claridad de la mente"³⁶. La sencillez se logra como efecto de una conjunción de calidades: visión integral del tema y esquematización lo más escueta posible del material, síntesis inteligente y condensación que son más el fruto del instinto genial que de la carga erudita³⁷, y un lenguaje exacto, preciso, neto, al tiempo que ordenado, metódico³⁸. En primer término, debe rechazarse toda relación entre lenguaje recto y sobrio y pobreza lingüística. Se trata, muy por el contrario, de una expresión rica y suficiente, cuya riqueza proviene de evitar el verbalismo vano, el énfasis de una retórica ampulosa y la pesadez que proviene de la repetición de superfluidades inútiles, del exceso de cultismos, de la redacción defectuosa³⁹, con "polibárbaras sintaxis", plagada de infructuosos extranjerismos⁴⁰.

34 O.C., t. II.. p. 379.

35 O.C., t. I.. pp. 145-146.

36 O.C., t. I.. p. 987.

37 O.C., t. I.. p. 71.

38 cf. O.C., t. I.. p. 71 y t. III.. p. 856.

39 cf. O. C., t. I.. pp. 345-346 y t. III., pp. 855-856.

40 cf. O.C., t. I.. pp. 278-277.

En segundo término, lo diáfano de este lenguaje se relaciona con el orden. Sostiene Marañón que "la belleza puede, en efecto, subsistir en el desorden, en la desproporción, en la oscuridad; mientras que la verdad exige la transparencia, el orden y la armonía"⁴¹. En su exposición acerca del lenguaje metódico, notamos cuán profundo y certero es el saber lingüístico y estilístico de Marañón. Apunta a esa calidad del mensaje en que cada término aparece enlazado "como la hilera regular de los postes telegráficos" de la prosa de Azorín, que tanto alaba, y cuya exactitud proviene de que cada palabra es insustituible, ya que, si faltara, descabalaría el discurso y ensombrecería el sentido⁴². Esta ubicación de la palabra en el orden y serie más convenientes al discurso cuyo fin es la recta expresión de las ideas, ya la había enunciado Jovellanos como uno de los esfuerzos mayores que el expositor teórico debe hacer sobre el lenguaje⁴³. En numerosos textos de Marañón se aborda este tema de la proporción, que apunta a la simetría total de la creación científica, fruto de la reunión de la coherencia teórica con una estructura sólida, una distribución armónica de temas y un equilibrio de las partes. En definitiva, el lenguaje metódico es un ingrediente del texto científico concebido como un corpus: "Nada falta, nada sobra en él; todo tiene su justa proporción"⁴⁴.

Otra vía para el logro de la claridad es la belleza. Esto es, para Marañón, el uso de técnicas y recursos más propios del lenguaje poético que del lenguaje científico. Resalta, sobre todos, uno: la metáfora, que tiene toda una tradición que avala su eficacia en la expresión culta castellana, iniciada por el humanista Juan de Valdés -al que apela el mismo Marañón-: "la mayor parte de la gracia y gentileza de la lengua castellana consiste en hablar en

41 O.C., t. I., pp. 145-146.

42 cf. O.C., t. III., p. 656.

43 cf. JOVELLANOS., O.E., t. III., op. cit., p. 98.

44 O.C., t. I., p. 276.

metáfora"⁴⁵. La metáfora, síntesis y condensación de sentido, encierra en su brevedad todo un ámbito significativo y despierta repercusiones múltiples, conceptuales y emocionales. La vida no se diluye en perífrasis ociosas, sino que se expresa, se expande y se perfecciona. La metáfora es un medio eficaz para que el pensamiento, que a lo largo del desarrollo se desvía del tema central, no se disuelva sino que se vaya acuñando, resumiendo y amplificando en esa fórmula lírica. Con justicia señala Marañón que el escritor de calidad basta con que posea "lo que Juan de Valdés llamaba buena y clara sentencia, pero con claridad que no siempre es sencillez, porque puede tener la otra transparencia suprema, la de la metáfora"⁴⁶.

Así como la metáfora colabora con la claridad en virtud de la brevedad, de la concisión, son éstas cualidades que, destaca Marañón, "el pueblo español tuvo siempre en su habla, y acaso haya sido uno de los secretos de la

45 Juan de VALDES. Diálogo de la Lengua. Ed. y notas por José F. Montesinos. Madrid. Espasa-Calpe, 1984. p. 171.

46 O.C., t. II., p. 546. Este párrafo pertenece al Discurso de apertura al "II Congreso de Academias de la Lengua", en que desarrolla Marañón una vez más un tema esencial para su propia caracterización en el terreno estilístico y lingüístico: el magisterio de Juan de Valdés en su Diálogo, en busca de una lengua de cultura al servicio de la expresión teórica. El resumen de las condiciones del castellano científico que describe Marañón, es comparable con la síntesis que ofrece el humanista de Cuenca (1490?-1541): "todo el bien hablar castellano consiste en que digáis lo que queréis con las menos palabras que pudiéredes, de tal manera que, aplicando bien el concepto de vuestro ánimo y dando a entender lo que queréis decir, de las palabras que pudiéredes en una cláusula o razón no se pueda quitar ninguna sin ofender o a la sentencie della o al encarecimiento o a la elegancia" (Diálogo de la Lengua, op. cit., p. 160). Paralelamente ya nos hemos referido en estudios anteriores al valor de los principios de Valdés en la consolidación de una lengua de cultura -estilo natural, no afectado; propiedad del léxico; pertinencia de los signos; llaneza y galanura de la expresión; eufonía y melodía del decir; recorte de la ambigüedad-. En síntesis, a todo lo que propende a una forma de decir "mejor, más propia, más casta, más llana" (Véase nuestro "Dar lenguaje en la educación sistemática: condiciones de la buena prosa" en el Ensayo I. Naturaleza y Modalidades, FFyL -CONICET, Mendoza, 1978. pp. 62-68).

eficacia y de la perduración del castellano"⁴⁷. Este acercamiento vivificante al habla popular le da a la prosa científica otras condiciones que son igualmente imprescindibles para la claridad: gracia, esa naturalidad y potencia expresivas, y discreción, ese sentido común del lenguaje. No hay lugar para la transparencia con una prosa "empecatada", "amazacotada", "enfática", corroída por "el veneno universitario"⁴⁸.

Este lenguaje de períodos breves, de expresiones exactas, de adjetivos estrictos y oportunos, trabajado sobre la repetición -de palabras, de conceptos- sin la cual no se puede enseñar, vivificado por el encanto de lo popular, ennoblecido por el esfuerzo artístico, se actualiza en cada escritor por encima de todo reglamento, con un alto y delicado grado de creatividad personal; singularidad estilística de una prosa no despersonalizada sino profundamente humanizada. La amalgama de virtudes que en ella relumbra, apunta a una condición terminal ineludible: que tenga envergadura didáctica, en donde se comprueba la eficacia científica de la expresión. Esta potencia educadora exige claridad e insistencia -"Enseñar -no me cansaré de repetirlo- es sólo claridad e insistencia"-⁴⁹, para lo cual es imprescindible la reunión de dos calidades: saber profundo y arte de exposición. Por eso se ocupa Marañón de las dotes y formación del escritor científico.

- Condiciones del escritor científico

En cuanto a sus dotes, se resumen en una pareja de virtudes: minucia y crítica. Minucia para enterarse bien y a fondo de lo que va a exponer; crítica para contrastar y seleccionar lo preciso, sacrificio de la poda que da sentido y gracia, suma eficacia de lo tratado⁵⁰. Síntesis inteligente

47 D.C., t. II., p. 547.

48 D.C., t. I., p. 902.

49 D.C., t. II., p. 131.

50 cf. D.C., t. I., pp. 389-390.

que permite "que la erudición esté condensada en una sinopsis que quepa en el breve zurrón de un alpinista"⁵¹.

En cuanto al arte de exposición, la formación se condensa en una frase: "la ventaja del uso literario del lenguaje para lograr la exacta expresión científica"⁵².

Contemplada como proceso, esta preparación es cruce de varios caminos: una educación humanística, en que se haya enfrentado con modos y actitudes de cultura más que con asignaturas en serie; una avidez de lectura, que se haya ido alimentando desde la niñez; lectura copiosa que incluye la de los clásicos de su lengua materna; el hábito de la redacción, de modo que el celo puesto en la expresión de vivencias y pensamientos se consolide gracias a la ejercitación sistemática. De ser posible, el círculo de la perfección se cierra con la traducción y con la creación poética. Marañón destaca la virtud educadora del "esfuerzo de revestir con el lenguaje propio las ideas que nacieron vestidas del ajeno"⁵³, así como la del verso, taller en que el habla se pule y alcanza la máxima precisión⁵⁴.

Así se va logrando el estilo, que es fruto no sólo de ciertos dones naturales, espontáneos, sino, sobre todo, de un adiestramiento en las técnicas de expresión, elaboración lenta que se inicia desde la infancia y no se abandona.

- El estilo: "la lucha por la expresión clara"

En la creación científica, pues, la literatura no es cosa secundaria. "La Verdad -sostiene Marañón- es tan digna como la Belleza de salir a la calle bien vestida"⁵⁵. El repertorio de recursos, que hemos ido apuntando a lo largo de estas páginas, constituye la "retórica científica", una retórica para la Verdad, cuya afirmación implica la

51 D.C., t. I., p. 71.

52 D.C., t. I., p. 145.

53 y 54 D.C., t. I., p. 988.

55 D.C., t. I., p. 276.

falsedad de que el lenguaje de la ciencia sea un lenguaje sin retórica. Lo es sin retoricismo, vicio que se formaliza en la ampulosidad, el circunloquio y el oscurantismo. Pero no sin retórica, que es, reitera Marañón, "ni más ni menos que arte de bien decir, y la expresión que más se aproxime a este concepto riguroso de la retórica será la que sea más clara y más sucinta, yo diría la más científica"⁵⁶.

Con imágenes elocuentes, concluye Marañón que "el buen estilo es como el penacho, como la dignidad y como el blasón de la ciencia"⁵⁷. Y se lamenta de ver algunas obras cuya exposición es indigna de la verdad a la que respetuosamente deben servir, cuya expresión redundante en una literatura deslavazada, sin sentido nacional, porque "si (...) escriben en castellano, deben escribir en castellano"⁵⁸. En este castellano científico, recto, sobrio y abierto a la vez a la universalidad de las terminologías, que no es una lengua muerta, sino que se nutre de los progresos científicos sin remilgos puristas ni nacionalistas. Basta con que el neologismo muestre una adaptación española según las normas ortográficas y de composición de nuestra lengua.

Y nada colabora mejor a hacer concisa y directamente elocuente la expresión que el hábito de la redacción. La claridad de la palabra crea, recrea, a su vez, la claridad de la mente. Presenta Marañón el caso concreto con que se enfrenta a diario en su tarea formativa: "Cuando alguno de mis discípulos me dice: esto no lo comprendo bien, yo le suelo contestar: escríbelo, así, como lo ves, oscuro; y después rompe lo que escribas, para empezar de nuevo; hasta que de la lucha por la expresión clara, brota la idea clara"⁵⁹.

Hay que escribir, escribir y escribir. El esfuerzo ante la cuartilla disipa la confusión y purifica la expresión.

56 O.C., t. I., p. 900.

57 O.C., t. I., p. 277.

58 O.C., t. I., p. 276.

59 O.C., t. II., p. 379.

Esta no es una simple sugerencia de un taller del escritor. En Marañón, el escribir es un deber encadenado a una sucesión de actitudes éticas irrenunciables: el postulado moral de transmitir la experiencia profesional -"la obligación de contar a los demás lo que ha enseñado su experiencia" que es "como zumo o quintaesencia de sabiduría"⁸⁰; el postulado moral, en consecuencia, de escribir y de publicar. Todos ellos nacen y se dirigen hacia el postulado moral básico: el del esfuerzo, el de no holgar, el de no recluírse y justificarse en el ámbito estrecho de la actividad -"Todo esto no son sino pretextos para holgar", subraya Marañón⁸¹-.

A través de su obra, Marañón entabla un diálogo con sus lectores, a los que instiga con su manera cortés y su tolerancia penetrante a aceptar como una carga moral ineludible estas labores que le competen al profesional. Está seguro de que hay mucho por corregir, y no se lamenta; está seguro de que se puede lograr el objetivo propuesto, con esa seguridad que sólo da la serena actitud del optimismo clásico:

"No son estas lamentaciones del tiempo presente. Muchas veces me he burlado de los que creen invariablemente que viven en la época más nefasta de la Historia; que la bondad y el saber se han extinguido; que las generaciones nuevas son insolentes e incapaces. Yo estoy, por el contrario, contento y orgulloso del tiempo que me ha tocado en suerte: encrucijada de corrientes humanas que se dispersan o que nacen; tal vez de actualidad incómoda, pero de porvenir preñado de conquistas y de glorias".⁸²

Esta suerte de lúcido patriotismo de la época igual-

80 O.C., t. I., pp. 345-346.

81 O.C., t. I., p. 346.

82 O.C., t. II., p. 203.

mente se revela en sus versos, porque también se dio el placer de la creación poética: "Mi día mejor es hoy;/mi mejor mundo el que veo."⁶³

Y este ver se realiza desde una primera teoría, el idioma materno, que no es otra cosa que una escala de valores frente al mundo y la vida. La "lengua clara de Castilla" es el fundamento de una identidad en el tiempo y en el espacio: la Hispanidad. A todos los que formamos esta patria extensa, lanza Marañón una convocatoria ineludible:

"Amigos míos: los que heredan una gran riqueza no se dan cuenta de ello, como los que han tenido que ganarla con el esfuerzo de su voluntad. Para tener conciencia de su dicha, a veces tienen que ponerse en trance de perderla. Así, nosotros, que hemos aprendido a nombrar a Dios y a nuestros padres y a decir nuestras primeras palabras de amor en la lengua clara de Castilla, no hemos pensado que, por ello sólo, tenemos situación de privilegio en la sabiduría, en que estamos todos empeñados.

Pero este privilegio lo tenemos que merecer cada día con nuestro esfuerzo y con nuestro amor. El tesoro de una lengua ilustre significa un servicio en permanente alerta; un anhelo constante de perfección; un afán de joyero que pule sin cesar sus piedras preciosas. Si el idioma se degrada, no lo dudemos, es que el alma se ha degradado también. Si se estanca, es la señal de que la raza misma ha dejado de fluir. Al que quiera corromper vuestro castellano, miradle con el mismo recelo que al que viene a quebrantar vuestro poder material o llevarse vuestras riquezas.

63 Extraído de Osvaldo LOUDET: "Gregorio Marañón: un poeta ignorado". La Nación, Buenos Aires, 24 de setiembre de 1967.

Y este empeño de renovar cada día la inmortalidad de vuestra lengua materna, nos toca a todos nosotros, los hombres de ciencia; porque, si el castellano fue hasta ahora penacho insuperable de la belleza, sea también, en adelante, vehículo certero y dócil de la verdad".⁶⁴

3. "*siendo humanista, se es humano, y no todos los hombres lo son*" (OC, t. I, "Un hombre de ciencia", p. 313).

El recorrido por la obra de Marañón nos permite comprender y aprehender la relación permanente entre humanismo y expresión, que en su concepción equivale a lenguaje y humanización. No se trata sólo del humanismo *sensu strictu*, sino de una actitud de apertura generosa del alma a todo y a todos, fundamentada en un optimismo consciente. Marañón invita cortésmente y de modo ejemplar, a sobreponerse al desencanto de las tragedias de la humanidad, a alentar la esperanza, a mirar hacia arriba y hacia adelante, para evitar que la vida destroce inútilmente valores espirituales que deben conservarse con delicado afán. En este en apariencia paradójico homocentrismo trascendente, se cifra la confianza en recuperar la capacidad de comunicación interhumana, no sólo a través de la obra científica sino también merced al roce de cada espíritu con el de los hombres afines, revelación de la intimidad que se realiza de modo magistral en la conversación y en la epístola-géneros del decir a los que ha dedicado páginas inolvidables⁶⁵. Marañón alienta a volver al hombre y a la naturaleza, para instalarse en los institutos, en los laboratorios, rodeados del mejor y suficiente instrumental. Hay que humanizar

64 O.C., t. II., pp. 379-380.

65 Véase, por ejemplo, la excelente caracterización y valoración de estos géneros en su discurso "En la Academia Peruana de la Lengua" (O.C., t. II.).

la ciencia, para ejercer con eficacia las profesiones⁶⁶.

66 Para interiorizarse sobre la vida y obra de Marañón, recomendamos la siguiente bibliografía: Alfredo JUDERIAS: Idearium de Marañón. Madrid, Cultura Clásica y Moderna, 1960. 682 p. Pedro LAIN ENTRALGO: Gregorio Marañón. Vida, obra y persona. Madrid, Espasa-Calpe, 1969. 220 p. Número de Homenaje en el Centenario de Gregorio Marañón. Cuadernos Hispanoamericanos, 443, 1967. p. 7-70.